

Al mismo tiempo que Besarion y Themisto y Nicolás de Cusa y Reuchlin y tantos otros idealizaban el Universo, los peripatéticos verdaderos oponían al Aristóteles mal traducido por los árabes y peor comentado por los escolásticos, otro Aristóteles completamente opuesto al tradicional y ortodoxo, cuya infalibilidad se confundía casi con la misma tradicional infalibilidad de la Iglesia. Estaban ciertamente con la creencia tomista de que el aristotelismo debe tenerse por la filosofía misma en sustancia; pero lo restauraban en su texto verdadero, y al restaurarlo en su texto verdadero, apartábanlo por completo del seno de la Iglesia. Para tales peripatéticos el alma, según la concebía Aristóteles, era como una función del cuerpo, y por consiguiente, no podía del cuerpo separarse. Lanzada tal tesis, no hay que decir á dónde iban á parar los principios de la personalidad, de la espiritualidad, y de la inmortalidad del alma humana. Si esta no puede separarse del cuerpo, quiere decir que no es inmortal el alma, puesto que muere como cualquiera de nuestras funciones fisiológicas y desaparece y se entierra tristemente allí donde también desaparece y se entierra nuestro cuerpo. Acusar de esta suerte al oráculo del tomismo, equivalía en el fondo á acusar á toda la ortodoxia tradicional. Y no solo el sabio peripatismo de aquellos tiempos niega la inmortalidad del alma, sino que niega también el milagro, apelando al sabio oráculo del catolicismo en la Edad media; y no solo niega el milagro, sino que niega el dogma de los dogmas eclesiásticos, el dogma mismo de la libertad, en el cual fundaba la Iglesia católica toda su primacía intelectual y moral sobre la Iglesia protestante. ¡Con qué cruel complacencia hablaba de la eterna é inconciliable antinomia entre la presencia de Dios y la libertad del hombre! ¡Cómo dice que si Dios lo ha ordenado todo, lo ha sabido todo, y todo lo ha previsto desde los primeros tiempos, ninguna libertad le queda al hombre; y si el hombre es libre para obrar malamente, y obra, pudiendo la omnipotencia divina evitarlo, cuán grande complicidad le queda necesariamente á Dios en el vicio y en el mal! Así no es mucho, que, peripatéticos vanidosos y audaces dijeran que á nadie le contrarian sus ideas sobre la inmortalidad del alma, hasta que no fueran viejos y ricos. En todo este movimiento, lo mismo en el platónico ó idealista, que en el peripatético ó sensualista, iba contenido el clamor de la época, el clamor de

la emancipación del espíritu, ya lo dilatáran unos hasta confundirlo con Dios y la eternidad, ya lo restringieran otros hasta confundirlo con la materia y con la naturaleza. Los filósofos puestos en los altares de los dioses; las estatuas griegas sirviendo de modelos á los artistas cristianos; el mundo pagano rejuvenecido en los mismos panteones del Catolicismo; el Nuevo Mundo trayendo la savia excesiva y exuberante de una raza y de una tierra que ni siquiera habían oído hablar de la redención cristiana; el rompimiento del espíritu moderno con todas las fórmulas escolásticas, indicaban bien que se iba el mundo apercibiendo y aparejando á una revolución intelectual.

¡Qué cambio! Mientras la conciencia humana se convertía en el centro hácia que gravitaban todas las ideas, la tierra perdía su situación central en el Universo. La oposición radicalísima entre nuestro planeta y el cielo desaparecía completamente, al encontrarse aquel en el cerúleo infinito, hecho un astro más, compañero de los otros rutilantes en las noches serenas. La tierra inmóvil, asentada sobre sus bases graníticas, atrayendo en torno suyo los mundos, como atrae el cáliz de las flores las mariposas y las abejas, convertíase, por la nueva ciencia, en áurea esfera, lanzada por el éter á un perpetuo movimiento elíptico en torno de su sol y á otro movimiento de rotación sobre sí misma, con lo cual se conocía y explicaba, contra la tradición común y el testimonio de los sentidos, criterios principales de la ortodoxia en ruinas, la sucesión así del día y de la noche, como de las estaciones anuales. En el seno de las frías y apagadas cenizas levantábanse las voces de la historia antigua y las estatuas del arte clásico, para dilatar nuestra vida por los horizontes de lo pasado; y en el seno movible de las ondas surgían continentes desconocidos ú olvidados, tierras vírgenes sembradas de paraísos sin mancha, razas inocentes y jóvenes, la cuna de la naturaleza junto al sepulcro de la historia, para dilatar nuestra vida en la esperanza de un constante progreso. Casi al mismo tiempo que en el romano Foro escudriñaba Copérnico los jeroglíficos luminosos de la noche y movía en aquella inmensa fosa de generaciones extintas la tierra en triunfal y eterno movimiento; los descubridores andaluces, extremeños, portugueses, evocando islas y archipiélagos, recorriendo inexplorados estrechos, dilatando con sus quillas el espacio, descubrían los antípodas, daban la vuelta entera al globo, y ceñían al océano inmenso



un zodiaco luminoso de increíbles glorias y de vivificadoras ideas. Y no solamente se descubrieron mundos en el mar y astros en el cielo, sino que, merced á la paleta creadora de nuestros artistas, la Eva y el Adán, metidos en el saco y en el cilicio de la Edad media, envueltos en el sudario de la teocracia, dejaban sus sayales de penitentes y surgían á la vista, por los frescos de las estancias y de las capillas vaticanas, en la casta desnudez del Eden sin pecado, mientras la medicina con su escalpelo encontraba en la triunfante anatomía el esqueleto de nuestro organismo y en la reveladora fisiología el secreto maravilloso de la circulación de la sangre.

Esto era Servet, un hombre de aquel tiempo. Su grandeza consiste toda entera en haber cooperado á la obra colosal de tanto siglo. Juzgarlo por sus defectos, por sus ideas más ó menos atrevidas sobre la teología, por sus creencias mágicas, natural resultado del platonismo en boga, por sus contradicciones que nacen de la grandeza y de la variedad propias de sus talentos, los cuales tocan así en la fisiología como en la metafísica, es juzgarlo, en verdad, con una incomprensible y ligera estrechez de miras, bien ajenas al criterio humano de la historia en nuestro luminoso siglo. ¿Qué grande obra conocida está por completo separada del terrón donde ha nacido y del tiempo en que se ha desarrollado? Como nuestro cuerpo no puede salirse del aire de la atmósfera, nuestro pensamiento no puede salirse del espíritu de su tiempo. Juzgar á Servet con nuestro naturalismo depurado de todo sortilegio y con nuestra ortodoxia fijada ya por tantas y tan largas depuraciones, equivale á juzgar con las ideas de hoy á los escritores bíblicos que, obedeciendo las supersticiones semitas, proscriben la pintura y la escultura en sus templos; á los escritores evangélicos, aquejados de mil supersticiones judaicas; á los escritores atenienses, cuya mente compendiaba el mundo en su diminuta hermosa ciudad; á los escritores latinos, pagados de la eternidad de su Roma; á los escritores de la Edad media, ricos en fábulas más ó menos divertidas y en milagros más ó menos absurdos. Un positivista encontrará que Servet es demasiado teólogo y discurre demasiado sobre la Trinidad y otras entelegías; como un católico, á su vez, lo encontrará, dejándose llevar del criterio estrecho de su escuela, tan sectario en el fondo como el mismo positivista, lo encontrará protestante, más aun que protestante, arriano, hetero-

doxo, vitando, alquimista, quiromántico, pitagórico, eleático, neo-académico; y después de maldecirlo y excomulgarlo, llorando porque tal presa de la inquisición haya dado en poder de Calvino, lo condenará sin apelación á las llamas eternas del infierno. Imposible la historia en manos de tales sectarios, los cuales hacen de su mollera el Josafat de las instituciones y de los siglos.

Como el espíritu de nuestra Europa moderna es uno, y la España no está fuera de ese espíritu, el Protestantismo entra también aquí y se apodera de un considerable número de nuestros pensadores. Sin embargo, cuando se observa el desarrollo de la herejía entre nosotros, se nota que un número importante de nuestros sabios se inclina más al escepticismo filosófico de Erasmo que á la exaltación religiosa de Lutero, de Zuinglio y de Calvino. Racional este fenómeno psicológico, dado el movimiento de las ideas y de los espíritus. Como la revolución religiosa ardía, en guisa de volcán, sobre las altas cimas del entendimiento español, resultaba que iban á iluminarse, antes que en la idea teológica, en la idea científica, y pasaban del período religioso á otro período más avanzado y progresivo, sin atravesar por el punto intermedio. Las pasiones del pueblo español en el momento de acabarse la cruzada contra los árabes y de apercibirse el descubrimiento de América, impedíanle abrazar el partido de la Reforma. Y como eclesiástico sin Iglesia, sectario sin secta, apóstol sin discípulos, sea cosa de todo punto imposible, preferían los abandonados del pueblo, el frío criterio filosófico, al exaltado sentimiento protestante. Pasaba en aquellos días algo parecido á lo que sucede hoy. Las ideas religiosas sin las pasiones religiosas que las completan y las realizan no pueden, no, bajar desde la conciencia pura al seno de la sociedad viviente y real. No teniendo, pues, los primeros reformadores en España medio alguno de contar con el pueblo, encerráronse todos en la sábia duda de Erasmo y obedecieron á su frío y elástico criterio. Los hombres más eminentes de aquella edad, el mismo Luis Vives, entre todos el mayor, seguían á Erasmo, reservándose la libertad de criticarlo á él, como él, á su vez, lo criticaba todo. Del gran movimiento espiritual en aquel siglo de renovación, tomaban los nuestros la parte más sublime, la más científica por su naturaleza y por sus tendencias, la más próxima del ideal, y más alejada de todas esas competencias de las sectas, que de tal suerte se asemejan á las



competencias de los partidos políticos, por su exaltacion y apasionamiento. Sucedia en realidad algo de lo que sucede hoy. Cuando la libertad religiosa llegó á escribirse por las Córtes al frente de la constitucion, ya no sirvió para las sectas cristianas, sirvió para las escuelas filosóficas. La intolerancia hizo que pasáramos del período católico al período científico sin atravesar por el período protestante. Pues, de igual suerte y modo, en los dos crepúsculos, en el vespertino de la centuria décimaquinta y matutino de la centuria décimasexta, la doctrina de Erasmo encerraba una revolucion solapada é hipócrita, en vez de la revolucion franca y violenta que iba relampagueando por los cuatro puntos del horizonte. Oponia mas bien la razon que la fe al dogma, y levantaba una escuela, sin suscitar una Iglesia. Por consiguiente, los españoles, desasidos del catolicismo, se asian y agarraban fuertemente á la doctrina de Erasmo, como á un escollo que, rodeado por do quier del oleaje tormentoso, aun parecia desprendido de los antiguos altares y perteneciente á la Iglesia ortodoxa. Merced á él, entraba en España la Reforma sin sus exageraciones y la revolucion sin sus violencias. Por consiguiente las grandes almas gravitaban todas á una en torno de tan extraño espíritu. Vives corregia las traducciones eclesiásticas á su gusto; Vergara le alababa sin descanso; los arzobispos toledanos, Fonseca y Manrique, le tenian por un oráculo; era suya la secretaría del Emperador; suya la Universidad complutense; y suyo el cabildo de la Iglesia primada; resultando así el mas popular en España de los escritores del Renacimiento, pues se leian y comentaban, vertidas al castellano, sus facecias, mas ó menos irreverentes contra la Iglesia, hasta en los claustros de las monjas. La sociedad es como la naturaleza, y encuentra en esos impulsos que ahora se llaman como deliberados é inconscientes, medios de burlar las mayores dificultades y de resistir á las mayores fuerzas. No pudiendo penetrar la revolucion religiosa, penetraba la revolucion filosófica; no pudiendo prevalecer las creencias de los sectarios, prevalecian las dudas de los eruditos. A este movimiento filosófico perteneció Servet. No fué nuestro gran médico tanto un teólogo como un sabio. Las ciencias teológicas le sirvieron tan solo para encubrir mejor las ideas nuevas. A fin de que se vieran desde léjos, encendíalas en los candelabros y lámparas del santuario. Eran piedras del

volcan todavía candentes, que se engarzaban por las cúspides terminadas en cruces; aerolitos del panteísmo que penetraban por las ojivas de las catedrales y parecian pedir sus bendiciones al mismo Dios que negaban. Aunque Cristo está invocado en aquellos sus libros á cada página, el sistema de Servet no es cristiano, el sistema de Servet es esencialmente panteísta, derivacion de la ciencia y no derivacion de la teología. Vamos á verlo.

Nació Servet en Tudela, pero de padres aragoneses, habitantes en Villanueva de Sigena. Cataluña y Valencia nos comunicaban entonces con las tierras italianas y provenzales, como Aragon y Navarra con el centro de Francia. Si por Andalucía vinieron á España las ideas orientales, por Aragon y Navarra vinieron una gran parte de las ideas europeas; así como por Cataluña y por Valencia el influjo provenzal é italiano. Con solo mirar superficialmente la gran figura de Servet se observa que tiene todas las ricas aptitudes de los hombres del Renacimiento, servidas por una tenacidad verdaderamente aragonesa. Lo primero que nos asombra en este filósofo extraordinario, es la inmensa riqueza de conocimientos atesorados en su mente, que muestran la intensidad infinita de su constante trabajo. Dado á sondear los problemas de la teología; decidido y resuelto por la revolucion religiosa; intérprete y comentador de la Biblia; discípulo é iniciado en el neo-platonismo; con visos de alejandrino, con propensiones al estudio de la astronomía y con vocacion de médico; lo mismo recorre, ansioso de saber, el mundo que se recluye para sistematizar y clasificar sus estudios en humilde celda; lo mismo se abstrae, como pensador, en las altas concepciones metafísicas, que se reduce, como jornalero, á corregir pruebas tipográficas; lo mismo escribe la lengua latina que lee la hebraica y griega; lo mismo sube á las mas altas concepciones astronómicas, que sorprende los mas recatados secretos fisiológicos, compendio vivo de toda la ciencia en su tiempo.

La primera decena de años del siglo décimosexto le vió nacer. Su padre pertenecia, como el padre de Calvino, á la profesion de notario; y estaba resuelto, desde los comienzos de la vida de su hijo, por esas previsiones nacidas del presentimiento, á su vez nacido del amor, á darle una educacion universal, en armonía con sus universales vocaciones. Lo cierto es que, á los diez y ocho años de edad, lo vemos ya estudiando en la universidad de Tolo-